

CAPITULO III.

Un hermano llovido del cielo.

I.

De la plaza de San Márcos habian partido, llegando al borde del canal y entrado en una góndola, el mendigo cojo, que ya sabemos era el antiguo esbirro Nicolino Razzi, á quien aquella noche convenia sin duda pasar por cojo y por mendigo, y Manuel Karuk, que ya sabemos la mision con que habia ido á Venecia.

El gondolero habia recibido órden de llevarlos al palacio Conti, lo que no le habia parecido muy bien por la fama de endiablamiento del palacio, y á lo que se hubiera negado, á no ser porque habia olido al esbirro en el mendigo cojo.

II.

La noche era tenebrosa, y la lancha tardó una hora en llegar al palacio.

Cuando habian llegado, Manuel Karuk y Nicolino saltaron al borde.

—¿Y dices que no nos abrirán? preguntó Manuel Karuk.

—Aunque estuviéramos llamando desde ahora hasta el dia del juicio. Al que llama á ese palacio no se le abre; cuando se quiere que alguien entre en él, ó se le espera y no tiene necesidad de llamar, ó se le envia una llave con la cual pueda por sí mismo abrir.

—¿Y te esperan á tí ó te han enviado la llave?

—Ni lo uno ni lo otro; monseñor Pietro Mastta me ha escrito y me ha dicho:—Nicolino, vuelve á ser esbirro durante una noche; mañana, al oscurecer, espera al pié de la columna de San Márcos á que te se presente un hombre que irá vestido al uso de los de Levante, y te entregará un puñal, en cuyo pomo irá un bolsillo; lleva á ese hombre al palacio Conti, y franquéale el postigo del palacio.

—¿Y quién te ha dado las llaves de ese postigo?

—En Venecia se encuentra con mucha facilidad una llave maestra que abre todas las puertas.

—¿Conoces tú el interior del palacio?

—Una noche estuve en él hace diez años, y tales cosas vi, que no he podido olvidar el sitio por donde fui y por donde vine.

—Pues ábreme, y procura que una vez dentro, lleguemos á la habitacion de Elena Conti.

III.

Nicolino llegó al postigo, le abrió, y entró en el palacio con Manuel Karuk, cerrando despues el postigo.

Apenas el postigo se había cerrado, un bulto se deslizó á lo largo del muro por la parte de afuera, llegó al postigo, y se escondió en un hueco.

Entretanto, por la parte de adentro, Nicolino, que había sacado de debajo de sus harapos de mendigo una linterna sorda y la había abierto, alumbrándose con su escasa luz, subía con Manuel Karuk las estrechas escaleras que conducían á las habitaciones superiores.

Al entrar en una crugia, al fin de la cual había un opaco farol encendido, Nicolino dijo:

—Es ya inútil que os acompañe, y yo debo esperar fuera; seguid hasta aquel farol, torced á la derecha, y la primera puerta á la izquierda es la de las habitaciones de Elena Conti.

—Espera atento, y avísame de lo que suceda, dijo Manuel Karuk.

—Descuidad, dijo Nicolino.

Manuel Karuk adelantó, y Nicolino retrocedió, llegó á las escaleras, bajó por ellas, abrió el postigo, y al abrirle tropezó con el bulto que poco antes se había pegado al hueco.

—¿Qué novedad hay? preguntó á Nicolino en voz muy baja aquel hombre.

—Lo que has visto, contestó Nicolino; he entrado con él y le he dejado en camino de las habitaciones de Elena Conti.

—Pues vuelve á entrar, dijo el bulto, observa y escucha cuanto suceda y cuanto se diga, y sé fiel si quieres que te se perdone tu pasada traición.

Nicolino volvió á entrar y cerró el postigo.

El bulto que había hablado con Nicolino, permaneció oculto en el hueco.

IV.

Manuel Karuk siguió el camino que se le había indicado; torció á la derecha, y se detuvo junto á la mampara de cuero estampado de la primera puerta de la izquierda.

Nada se oía en aquella habitación.

Manuel Karuk abrió la mampara, entró, y se encontró en un espacio oscuro.

Adelantó y llegó á los tapices de terciopelo de una puerta, entre los cuales penetraba el reflejo de una luz.

Más allá de estos tapices, Manuel Karuk se encontró en una magnífica antecámara pintada y dorada, muellemente alfombrada y ricamente amueblada, de cuyo techo pendía una lámpara encendida.

Al frente había una gran puerta, cuyas hojas estaban delicadamente labradas é incrustadas en marfil, nácar, cobre y plata; una de aquellas magníficas muestras de la ebanistería del siglo xvi, que entonces eran muy comunes en los palacios, y de las que ahora hay rarísimas muestras.

Manuel Karuk empujó aquella puerta que solo estaba entornada, y se encontró en la misma cámara, por una de cuyas ventanas había huido pocos días antes Aben-Shariar.

V.

Al entrar Manuel Karuk en la cámara, por una puerta contraria, entró también Elena, ricamente prendida y bellamente ataviada, con un traje de seda completamente blanco, bordado de oro.

De sus magníficos cabellos negros pendía un largo y trasparente velo, y ceñía su cabeza una corona de flores blancas.

Aquel era á todas luces un traje de desposada.

VI.

Al ver á Manuel Karuk que adelantaba hácia ella, Elena se detuvo, pero no gritó, ni se puso pálida, ni retrocedió.

Solamente miró con atención y con una seria fijeza á Manuel Karuk, que seguía adelantando, abarcándola en su mirada conmovido.

Cuando estuvo cerca de ella, Elena le dijo con la mayor naturalidad:

—Vos sois de tierra de Levante.

—Sí, Elena, contestó con la voz trémula, á pesar de su valor y de su serenidad Manuel Karuk; yo soy de la isla de Corfú.

—¿De la isla de Corfú? Yo he tenido allí parientes.

—Tu madre María Zinca Karuk, nació en Corfú, como tu abuela Magdalena Krasna Karuk.

—¿Quién te ha dicho eso? respondió Elena aceptando

el tú con que tratan á todo el mundo las gentes de Levante.

Manuel Karuk sacó de entre su faja y de junto á uno de sus puñales el manuscrito que ya conocemos, y le mostró á Elena.

—¿Quién te ha dado estos papeles? dijo Elena reconociéndolos.

—Un antiguo amigo mio; un valiente y noble hombre; un corsario tunecino.

—¿Y cómo han ido á manos de tu amigo estos papeles que son la triste y sangrienta historia de mi familia?

—Un hombre á quien tú amas te los pidió para darlos al corsario de Túnez.

—No, me los pidió para darlos á un patricio de Génova y de Venecia: á monseñor Pietro Mastta.

—Pues bien: monseñor Pietro Mastta, senador, y uno de los del Consejo de los Diez, Yhaye-ben-Shariar, emir de Africa y corsario en Túnez, son una misma persona.

—¿Cómo! ¿Pues no murió ahogado en el canal de Monforte ese hombre? Pero es verdad, él llevaba consigo esos papeles, que si Pietro Mastta hubiera perecido, hubieran desaparecido con él.

—Esos papeles tienen sobre sí las muestras de haberse mojado; todo consiste en que Aben-Shariar tiene bastante aliento para nadar bajo la superficie del agua un largo espacio, y así burló la vigilancia de los esbirros y se salvó. Pero como él no puede venir á Venecia porque su vida corre peligro, me ha buscado en mi isla de Corfú, me ha hecho conocer el contenido de estos papeles, y me ha enviado á tí.

—¿Y para qué te ha hecho conocer Pietro Mastta la historia de mi familia?

—Porque la historia de tu familia es la historia de la mía.

—¿Cómo! ¿Qué hay de comun entre mi familia y la tuya?

—Mi madre se llamaba María Zinca Karuk.

—¿Tú te llamas Manuel Karuk! dijo profundamente Elena.

—Sí.

—Entonces tú eres hermano mio.

—Tu hermano soy.

Manuel Karuk, que temblaba de emocion, habia dado un paso hácia Elena, que á pesar de la situacion estaba friamente tranquila, y le contuvo con un ademán.

—¿No sabias tú que tenias una hermana? dijo Elena con acento friamente interrogador.

—No, dijo Manuel Karuk que cada vez estaba más conmovido; yo lo ignoraba hasta hace ocho dias que fué á buscarme á Corfú Aben-Shariar y me entregó esos papeles; si lo hubiera sabido antes, antes hubiera venido á buscarte; pero tú sabias que tenias un hermano porque conoces estos papeles, y, sin embargo, no has buscado á tu hermano, no has procurado saber si vivia ó si habia muerto.

—Cuando yo conocí la historia de mi familia, hace diez años, ya estaba mi suerte decidida; en mi situacion un hermano hubiera sido para mí un peligro, no un apoyo; yo estoy sola en el mundo, y no quiero que nadie se crea con derecho á pedirme cuenta de mis acciones;

ahora mismo no sé si tengo en tí un amigo ó un enemigo, porque has entrado en mi casa valiéndote sin duda de un esbirro, lo que prueba que la República de Venecia te conoce. No sé por qué te envian, ni lo que quieres, ni á qué vienes.

—Si es un esbirro el que me ha abierto el camino hasta tí, yo no le conozco ni le tengo más que por un mendigo, para quien me ha dado una señal monseñor Pietro Mastta, como tú llamas á mi amigo, á mi compañero de combate Aben-Shariar. Me importa poco, por otra parte, que ese mendigo sea esbirro ó no, porque yo estoy protegido por la República de Venecia y considerado como su hijo adoptivo. En cuanto á lo de si tienes ó no que temer de mí, ya ves que yo, que nunca he temblado, tiemblo al hablarte; ya comprendes que te amo tanto como puede amar un hermano á su hermana.

Y adelantó de nuevo.

Por aquella vez Elena no le impidió que se acercase á ella, y Manuel Karuk la abrazó, la estrechó á su pecho y la besó con ternura en la frente.

Elena no se conmovió; pero besó á Karuk en la mejilla.

Elena no amaba á nadie, ni podia amar más que á César Malatesta, y aún así, de una manera violenta y terrible.

VII.

—Siéntate, dijo Elena á Manuel Karuk, separándole suavemente de sí y sentándose á su lado.